JUAN CARLOS UNZUÉ

UNA VIDA PLENA

RAMON BESA
MARCOS LÓPEZ
LUIS MARTÍN

geoPlaneta

Juan Carlos Unzué

Una vida plena

geoPlaneta

Juan Carlos Unzué – Una vida plena
1ª edición

geoPlaneta
Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona
info@geoplaneta.es – www.geoplaneta.com
© Editorial Planeta, S.A., 2021
© Fundación Francisco Luzón, 2021
Textos de Juan Carlos Unzué, Ramon Besa, Marcos López y Luis Martín
© Fotografías de interior: archivo personal de Juan Carlos Unzué, excepto pp. 130 (centro), 131, 132, 133 (abajo), 134, 135 (arriba), © Mundo Deportivo; p. 130 (abajo), © RIA Novosti /Sputnik/ Album; p. 135 (abajo), © Christian Bertrand / Shutterstock; p. 136, © Jordi Cotrina, 2021
© Fotografías de cubierta: Jordi Cotrina, 2021
Diseño de cubierta: Sophie Güet

ISBN: 978-84-08-24836-1
Depósito legal: B. 11.436-2021
Impresión y encuadernación: Black Print
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Presentación. «Soy un chico de pueblo.» 7

Capítulo 1. El espejo de María 9

Capítulo 2. «Yo quería ser Arconada.» 21

Capítulo 3. «Si quieres jugar, ¡te pones de portero!» 35

Capítulo 4. El paciente 0016512530 67

Capítulo 5. «Juan Carlos no se hunde jamás.» (Luis Enrique) 77

Capítulo 6. «Juan Carlos fue una inspiración para mí.» (Víctor Valdés) 91

Capítulo 7. «Es buena gente, jamás actúa.» (Txiki Begiristain) 107

Capítulo 8. «Con gente como Juan Carlos, hasta el fin del mundo.» (Pep Guardiola) 117

Capítulo 9. Camino Labiano 137

Capítulo 10. «Apagad la tele, que os quiero comentar algo.» 147

Capítulo 11. Del Renault 6 a la Joytec Pro 163

Capítulo 12. «Tienes ELA.» 173

Epílogo. «Hay que ser valiente.» 187

CAPÍTULO 1

EL ESPEJO DE MARÍA

Ya no lo miran, como cuando era portero y aquellos con los que se cruzaba en la calle se paraban para saludar a Juan Carlos Unzué, el portero y después entrenador de fútbol, muy conocido en Pamplona, en Vigo, en Soria, en Girona, en Sevilla, en Barcelona, como corresponde a una figura de la Liga, el torneo que todavía funciona como hilo conductor de un país llamado España. A veces había también quien se preguntaba, ya fuera en la calle o en la sala de un restaurante, de qué le sonaba aquel tipo tan risueño que no paraba de hablar, hasta que caía en la cuenta de que se trataba de Unzué, a secas, sin más, suficiente para quien ha hecho carrera con el apellido, ilustre en cualquier caso, si se tiene en cuenta que además es hermano de Eusebio, el director ciclista que nos enseñó que el Tour no solo era un plan agradable para echarse una siesta las tardes de julio, sino que también podía resultar un despertador si competían y ganaban Perico Delgado o Miguel Induráin.

Ahora ya no lo miran: lo observan, porque saben que tiene ELA. El paciente no solo pasa revisión médica en la consulta, sino también en la calle, porque se siente escrutado por el vecindario y los ciudadanos, que necesitan certificar cómo evoluciona la enfermedad y hasta qué punto afecta a su vida. No es propiamente morbo, sino una mezcla de curiosidad, interés y también preocupación; la mayoría se solidariza de alguna manera con Juan Carlos. No

se sabe de nadie que lo quiera mal, como acostumbra a pasar con quienes sufren ELA. Asegura la leyenda que afecta a la buena gente: razón de más para reparar en Unzué. El deterioro, en cualquier caso, es perceptible y los comentarios giran alrededor de aquellas cosas que dejan de ser naturales, como comer unas costillitas de conejo en Bodega Sepúlveda. Los dedos de las manos ya no dan juego y, más que dar explicaciones a cuantos contemplan la escena, se impone pedir un reservado a las hermanas Solà.

De modo que se trata, sobre todo, de prepararse cada vez que se sale de casa para ser contemplado por los demás y no tener que mentir ni provocar compasión porque se ha pasado de cojear a desplazarse con una silla de ruedas, después de cambiar la coqueta casa de Esplugues, repleta de escaleras, por un piso más pequeño y práctico en la misma localidad. Hasta hace poco le alcanzaba con poner buena cara al mal tiempo, un ejercicio sencillo porque siempre se valió de una sonrisa con la que se presentaba como el tipo más dichoso del mundo, agradecido de la vida, muy querido porque irradiaba felicidad. Habrá quien piense que se trata de una máscara, y puede que en alguna ocasión su semblante haya parecido forzado, pero Juan Carlos siempre se empeñó en mostrarse como una persona agradecida y que genera simpatía. No se trata de aparentar, sino de ser, aunque en ocasiones se necesita fuerza de voluntad para continuar siendo el chico dicharachero que nació con la boca abierta y los ojos como platos para asombrarse ante la última ocurrencia del amigo más pesado.

Además de humilde, y tan respetuoso que nunca pedía autógrafos, siempre fue muy solidario —es un veterano y destacado miembro de la Asociación de Futbolistas Españoles (AFE)—. Se trata de un «egoísta altruista», como lo define la psicóloga Inma Puig: «El que ayuda a los otros para ayudarse a sí mismo». Nunca se pregunta por qué le

ha tocado a él, ni maldice su suerte, sino que intenta absorber el dolor de los demás para que no sufran, sobre todo cuando se trata de su fiel compañera María.

No estaba dispuesto a que la ELA cambiara su carácter, su atractivo ni su humor, y menos la relación con sus amigos y conocidos, de manera que se trataba de prepararse más que nunca para afrontar el día a día como si nada pasara. Siempre se ha cuidado mucho y ha sido especialmente coqueto, sobre todo con el pelo. Igual que Maradona. Todavía recuerda que, cuando compartieron vestuario en el Sevilla, el Pelusa no soportaba que le tocaran su cabellera. Maradona, un jugador de multitudes, murió solo. Juan Carlos se siente más acompañado y vivo que nunca y necesita sentirse bien, razón de más para que María lo cuide y lo peine, como nadie fue capaz de peinar a Diego, o le ayude a lavarse los dientes para presumir de «sonrisa Profident». A Juan Carlos le gusta que le digan que tiene buen aspecto. No quiere que le mientan ni engañarse a sí mismo, un argumento suficiente para que ahora tenga más necesidad de observarse con el fin de saber qué ven los demás y, sobre todo, para evaluar cómo va su partido contra la ELA.

La mejor manera es ponerse frente al espejo de la habitación de María, como si quien lo contemplara fuera su hija y dulcificara su juicio, siempre severo consigo mismo cuando está solo, nada que ver con el personaje que irradia felicidad entre la gente. No es un ritual masoquista para Juan Carlos, sino un desafío continuo; necesita mostrarse para animarse y convencer a quienes puedan dudar de su valentía y de su simpatía, seguro de que jamás se dejará vencer por la enfermedad de manera consciente; acaso esta tendrá que matarlo. Mientras tanto, Unzué continuará ante el espejo de María para seguir observando su cuerpo en un ejercicio de anatomía propio de un estudiante de Medicina.

Juan Carlos se toca las falanges, cada vez más huesudas y menos musculosas, y no deja de mirarse las piernas, que ya difícilmente lo sostienen. Hay muchas variantes de la ELA, y la suya es la de la segunda motoneurona, la que afecta precisamente a las extremidades, las manos y los pies con los que se ha ganado la vida como portero de fútbol. La enfermedad no podía ser más despiadada con un guardameta que, además, era ágil y explosivo, valiente en el uno contra uno con el delantero. Juan Carlos se impulsaba para llegar muy arriba y muy lejos, tal que si fuera un gato.

Aquellas poderosas piernas ya no tienen fuerza y sus elásticas manos se encogen: agarrar la pelota ya le es imposible, y hasta las actividades más cotidianas se han vuelto complicadas. Apoyado en el cabezal de la cama, no es fácil aguantar tu propia mirada ante el espejo, intentando reconocer a aquel portero que volaba de palo a palo. Las alas ya no despegan y, sin embargo, se sigue tocando los dedos para animarse, convencido de que todavía le queda energía para caminar un poco y sentirse algo flexible. «Aún queda partido», se dice cada vez que se enfrenta al espejo, cuando tiene la urgencia de medirse, de probarse, de convencerse, de verse, de sentirse y de mostrarse; a fin de cuentas, se trata de luchar, de no rendirse, de hacer lo de siempre, de desafiar a la adversidad. Nunca tuvo miedo a nada ni a nadie, tampoco a morir, porque la muerte forma parte de la vida.

Juan Carlos es navarro y se educó en la cultura del esfuerzo: es muy fuerte mentalmente y los retos le motivan. Aguanta con naturalidad el dolor, convencido de que el placer solo se consigue a partir del sufrimiento. Siempre ha exigido el máximo de su cuerpo, también ahora, cuando cada día mengua la grasa del músculo hasta atrofiarse y su hiperactividad se reduce. Nunca tuvo lesiones muy serias y, además, estaba acostumbrado a jugar con dolor, como la mayoría

de los porteros, que no reparan en las molestias y solo se paran cuando el entrenador los deja en el banquillo. Todos tienen su talón de Aquiles y, sin embargo, nadie lo sabe, salvo el fisioterapeuta con el que se confiesan en la camilla del servicio médico. El punto débil de Juan Carlos eran los tobillos. Nada extraño, porque desde muy joven ya cargaba con los sacos de pienso compuesto para animales que fabricaba la empresa familiar, en Pamplona. Una faena que carga los tobillos, los riñones y los hombros de tanto ir de la empaquetadora al camión y del transporte al caserío, mal asunto para un futuro portero. Por entonces, Juan Carlos pensaba ser atleta. Era un buen corredor de *cross,* campeón de algunas pruebas de la zona con quince años y también diligente a la hora de repartir las facturas a los clientes de la factoría Unzué. Nadie discute tampoco sus dotes de ciclista. Muchos no querían acompañarlo en sus salidas porque nada lo detenía. Decía que si paraba le entraban calambres, así que no se relajaba hasta que no reventaba y caían al suelo él y la bicicleta. En cambio, jamás se habituó a la temperatura templada: prefiere distinguir entre el calor y el frío desde que se curtió en Soria con el Numancia y aprendió a desafiar al hielo y a la nieve.

Era un buen comedor y bebedor cuando llegaba San Fermín. Jamás se retiró a destiempo de una noche de fiesta pamplonesa y siempre aguantó el bajo cero de Los Pajaritos. Y, cuando el entrenador lo ponía de suplente, se entrenaba más que el titular para ganarse el puesto, siguiendo la misma dinámica que al estrenarse como preparador de porteros: trabajó para ser segundo entrenador y, una vez consagrado como ayudante, se preparó para ser el primer técnico.

Nada mejor para combatir el vértigo que cambiar de rol y, por tanto, cambiar también de dolor o, si se quiere, de sufrimiento, porque ha tenido que pelear para conseguir

sus aspiraciones, incluso para convencer a su novia de toda la vida, hoy su mujer, que lo tuvo un tiempo en ascuas, no se sabe muy bien por qué.

La suya es una vida de esfuerzo, y también de gozo, por el logro alcanzado. El cuerpo y la mente siempre habían ido parejos y coordinados. Hoy la lucidez sigue muy presente, y a menudo piensa en los enfermos de alzhéimer, en la suerte que tiene él por poder disfrutar todavía de tantas cosas de la vida, en que su cabeza estará bien hasta el final, en que nada tiene que reprocharse, en que nacemos para morir. Juan Carlos está convencido —y por eso necesita enfrentarse también al espejo— de que hay situaciones mucho más dramáticas, de que peor sería morir en un accidente o de una enfermedad fulminante que no te deja decir adiós ni ser consciente de la pérdida de tu querido físico, del cuerpo de atleta esculpido en los campos de entrenamiento del fútbol español.

También está contento por la aprobación de la ley de la eutanasia, porque acepta una muerte digna para todo el mundo, pero él se desvive por conseguir que todos sus compañeros de enfermedad tengan una vida digna. Aspira a que el partido sea muy largo, a que haya prórroga, lógicamente penaltis y, si es posible, hasta moneda al aire. Se preocupa también por quienes lo miran y lo cuidan porque, a diferencia de la pandemia, que es capaz de unir a la comunidad mundial hasta encontrar la vacuna, las enfermedades minoritarias se tratan en minoría, y Juan Carlos está preocupado por su familia, por sus hijos, por María y por su madre. «Ella limpia la mesa a sus noventa y cuatro años», se repite en voz alta ante el espejo. Quiere sentirse útil y, por tanto, cuando se mira piensa más en lo que puede que en lo que ya no puede hacer, como ha hecho siempre. Se trata de no dar importancia a lo que te duele, como si fuera lo más normal del mundo; ser consecuente con el trabajo y la vida

cotidiana. Una actitud acorde a su personalidad, resistente a todo.

Al médico había que llevarlo de la oreja, a regañadientes, como si fuera un niño pequeño. Le costó mucho decidir operarse de la cadera y, curiosamente, desde entonces se despertó toda su sensibilidad, como si el cuerpo se hubiera sobresaltado y empezara a distinguir con precisión entre lo que es dolor y lo que no. Tardó más de la cuenta en recuperarse de la última intervención, el 3 de junio del 2017, y empezó a preocuparse, aunque seguía guardando silencio, acostumbrado a combatir el dolor con discreción y en soledad, como hacen los porteros y los entrenadores.

Al fin y al cabo, él nunca había notado nada, o al menos no se quejaba: fueron los demás quienes le advertían a veces de que algo le pasaba. En ocasiones eran tonterías, nada importante, hasta que la gente empezó a reparar en sus brazos y en sus piernas, sus herramientas de trabajo, impecables y admirables mientras estuvo en activo, y ahora, en cambio, sospechosas. A veces era la movilidad en un dedo, otras una cojera, síntomas raros a ojos de los demás, mientras Juan Carlos solo admitía que tenía calambres —cada vez más manifiestos, sobre todo cuando sometía su cuerpo a una intensidad máxima sobre la bicicleta— y que se le pasaban cuanto más pedaleaba.

Aquellos malditos calambres no se acababan de ir, a diferencia de las curas que siempre funcionaron para sanar los dichosos esguinces de tobillos, los habituales problemas de menisco y, naturalmente, los golpes en los pies y las manos. «Mírate eso de los calambres», le repetía Luis Enrique, y Unzué no se lo planteó hasta que empezó a perder aquella fuerza que siempre lo había acompañado para superar la adversidad y los espasmos afloraron también mientras dormía. En ocasiones se tenía que levantar una docena

de veces por la noche para calmar aquel dolor que acalambraba su pierna hasta que se relajaba.

El desgaste era tremendo, y se aflojaba tanto que incluso su madre se daba cuenta de que algo le pasaba cuando él iba a su casa y lo veía subir las escaleras detrás de María y las maletas, agarrado a la barandilla. Juan Carlos, un amante de los coches, notó que su motor había bajado de revoluciones y que la carrocería empezaba a chirriar: estaba tan desgastado que cada vez que pasaba por la clínica le encontraban algo nuevo, como un cáncer de próstata —una herencia genética—, mientras intentaban descartar opciones sin dar con la enfermedad. Y es que no hay un único test para saber que tienes ELA, sino muchas revisiones, multitud de pruebas, momentos de mucha incertidumbre, tanta como cuando enfrentaba al delantero antes de un penalti.

Pocos supieron entonces que Juan Carlos tenía cáncer de próstata y pocos lo supieron después. Receloso como fue siempre de esa intimidad médica, confiado como estaba, además, en superarlo lo antes posible, porque el reto que tenía por delante —subir al Girona a Primera— era monumental. Aunque iba encadenando problema tras problema, él sentía que tenía la fuerza necesaria para esquivarlos y sentarse en el banquillo de Montilivi. En realidad, sentado nunca estaba porque le encantaba, y le encanta, mirar el fútbol de pie, proyectando serenidad en su rostro. Sin que nadie supiera el dolor que anidaba dentro, ni el temor a que ese cáncer fuera peor de lo que le anunciaban los médicos.

Juan Carlos paró bastantes goles, alguno muy importante, y acabó por propiciar que su equipo ganara el partido. La tensión con la que competía se correspondía a veces con el trato que le dispensaban. «¿No me pones? Pues te vas a enterar de quién soy», se decía si lo ninguneaba el entrenador, mientras alargaba su entrenamiento hasta

que no quedaba ni el sereno en el campo. Había superado muchas contrariedades, porque sentía que su salud era la de un roble, desacomplejado como buen navarro, hasta que supo con certeza que tenía ELA. Aunque lo contó con naturalidad a cuantos llevaban ya tiempo preguntándole si le pasaba algo, no le resultó sencillo asumir aquel diagnóstico.

«Sufrir no es nuevo para mí; ocurre que el dolor es diferente», se había dicho después de haber explorado su cuerpo repetidamente en busca de una enfermedad no conocida. Así que se imponía también un tratamiento nuevo, diferente al de cualquier lesión, que pasaba por no parar, por tener una actividad continua —como cuando iba con la bici, como en los días en que cargaba sacos en la fábrica familiar—, consciente de que, si se detenía, se caería, con la diferencia de que ahora no iban a poder levantarlo. «Si te dejas, la enfermedad te come», masculla. Nunca se queja, pero hay momentos en que necesita y pide ayuda, siempre de buenas maneras, con su buena cara, como si nada le doliera.

A veces se pregunta incluso cómo puede ser tan claro y directo, tan poco emocional. Difícilmente se le caen las lágrimas, salvo viendo alguna película. La única vez que se le ha visto turbado y apurado de verdad fue cuando reunió a sus tres hijos para contarles que tenía ELA. Pasó muy mal rato, y solo se relajó cuando reparó una vez más en que Aitor tiene una pose muy parecida a la suya, como si su cuerpo pudiera revivir en el futuro en el de su hijo mayor.

Ahora, después de una vida de vértigo, dispone de tiempo para ver series, leer, relajarse, activarse y no desfallecer en la causa contra la ELA, e incluso dar una clase de física en el programa *El suplent* de TV3, consciente de que sabe ganarse a la gente —y más a los jóvenes— con su faci-

lidad de palabra, su gracia para contar las cosas, su semblante sereno.

El intenso día a día también le deja un momento para mirarse en el espejo de su hija y darse cuenta de que, esta vez, el gol es imparable, porque ya no hay portería ni campo que valga, tampoco árbitro ni VAR que intervengan. Aquí el guardameta compite consigo mismo, solo ante el peligro, eso sí, ahora fastidiado de verdad, después de haberse pasado la vida frustrando el espectáculo cada día, pues a fin de cuentas los arqueros juegan para que no haya goles. No es fácil acostumbrarse a la incertidumbre por más que se vea venir la jugada, pero resulta imposible jugar cuando el resultado ya se sabe de antemano. La cuestión ahora es familiarizarse con la cámara lenta, procurar que esta devastadora enfermedad no le impida disfrutar de los buenos momentos, ni de las causas que trascienden a uno mismo.

Acostumbrado al método para enfrentarse a la inestabilidad, igual de optimista que inconformista, creativo por definición y ejemplar en el trabajo de equipo por su capacidad organizativa, Juan Carlos procura ordenar cada día, frente al espejo, aquello que debe y puede hacer después de percibir que todavía le quedan fuerza y humor para abrazar un día radiante, siempre sonriente; la mejor manera de sacar la tensión, también de protegerse. Solo el espejo de María sabe si oculta alguna frustración.